

MIENTRAS ALGUIEN PRONUNCIE MI NOMBRE

Miguel

Aún recuerdo la primera vez que vi a Paloma. Estaba sentada en una silla junto a la ventana de su habitación, con la espalda recta y las manos apoyadas sobre su regazo. Parecía esperar algo que no acababa de llegar nunca. Sus ojos, aunque muy abiertos, parecían no mirar nada en concreto. Hubiera dicho que miraban hacia su interior.

Ya son muchos años los que llevo trabajando en esta residencia, y por eso creía haberlo visto todo. Sin embargo, cuando Manuel y Rosario la trajeron por primera vez, supe que todo sería distinto. Era la manera en que la sostenían. Como si temieran que se evaporara si apartaban los ojos de ella un instante.

Al presentarme, no obtuve ninguna respuesta. Ni un gesto. Ni un parpadeo que pudiera interpretar como un intento de querer comunicarse. Le hablé del jardín. De las jacarandas que empezaban a florecer. Del olor del café en el desayuno. Le conté que en la sala común poníamos música antigua algunos jueves, por si le gustaba bailar. Nada.

La ausencia total de comunicación con los pacientes es lo más duro de mi trabajo. No es el silencio de la ausencia de respuestas, sino la incertidumbre de no saber si tus palabras caen en un pozo sin fondo, o si aún encuentran eco en algún lugar remoto.

Manuel, se quedó aquel primer día hasta que acabó el turno de visitas. Rosario vino por la tarde con una bolsa de ropa doblada y algunos objetos personales. Se han venido turnando siempre así. Él por las mañanas, ella por las tardes. A veces coinciden y apenas se hablan. Solo se echan miradas cómplices de una derrota compartida.

Yo los observo, e intento no invadir ese espacio de amor que crean en torno a Paloma. Ser cuidador en una Unidad de Alzheimer avanzado es aprender a convivir con la desaparición progresiva de las personas. Es sostener cuerpos que siguen respirando mientras la memoria se va apagando poco a poco. Es aceptar que tu trabajo no es curar, sino acompañar durante la caída.

Cada mañana me inclino hacia ella.

—Buenos días Paloma —le digo al oído—. Hoy hace un sol magnífico.

No sé si me escucha. Necesito creer que sí.

Rosario

Cuando le comunicaron el diagnóstico a mi madre, pensé que se habían equivocado. Era demasiado organizada, meticulosa, y casi obsesiva con las fechas y los nombres, para admitir que podía padecer Alzheimer.

Milagros, su médica de cabecera, nos lo comunicó con voz suave. Yo asentía mientras el suelo se abría bajo mis pies. Papá apretaba la mano de mamá sin entender del todo lo que significaban aquellas palabras.

Al principio fueron pequeños olvidos. Luego, llamadas a las tres de la madrugada preguntando por su madre, que llevaba muerta hacía veinte años. Después vino el día en que se dejó abierta la llave del gas. En ese momento supe que ya no podíamos sostener más tiempo esa ficción de que todo marchaba «más o menos bien».

Mi vida ha cambiado casi sin darme cuenta. He solicitado más días de teletrabajo en la empresa, para poder estar más tiempo con ella. He aprendido a hablarle despacio, a repetirle las cosas sin enfadarme, a sonreírle cuando ella me confunde con una vecina.

Papá intenta ayudar en lo posible, pero está como perdido. Nunca ha llevado las cosas de la casa. Mamá era el centro silencioso de todo. Verle buscando recetas por internet o intentando doblar la ropa como ella lo hacía, es casi tan doloroso como verla a ella olvidarlo todo.

Cuando decidimos el ingreso de mamá en la residencia, sentí que la había traicionado. Miguel nos recibió con un talante que agradecí. Mientras nos explicaba los horarios y las rutinas, no podía dejar de mirar a mi madre, sentada en el borde de la cama y ajena a todo lo que la rodeaba. Como si ya no nos perteneciera.

Ahora me turno con papá para estar con ella. Le hablo de mi trabajo, de mis hijos, de cualquier cosa. Pero no obtengo ninguna respuesta. Aun así, sigo hablándole, porque si deo de hacerlo, es como si aceptara que ya no está. El Alzheimer no solo borra al enfermo. Redibuja a los que le rodean. Nos convierte de golpe, en padres de nuestros propios padres. Nos enfrenta a la culpa, al cansancio y a un amor que duele cada vez más.

Manuel

Siempre he dependido de Paloma, ya sea para las grandes cosas o para las pequeñas. Ella sabía dónde estaba cada documento, cada llave, cada rincón de la casa. Yo, me limitaba a trabajar y volver cada tarde a casa, mientras ella sostenía nuestro mundo.

Cuando empezó a olvidar las cosas, mi primera reacción fue enfadarme. Pensé que exageraba, que todo se debía a que se distraía. Hasta que un día me preguntó quién era yo. Entonces sentí un miedo que no sabía que pudiera existir. Intenté ayudarla en lo que pude. Le escribía notas que pegaba por toda la casa: «Manuel es tu marido»; «Esta es la cocina». Me parecía absurdo y cruel al mismo tiempo, pero aun así seguía haciéndolo, porque ver su mirada perdida, o su frustración cuando no encontraba las palabras adecuadas, me rompía el corazón.

Rosario asumió más de lo que le correspondía, y eso me hizo sentir aún más mi inutilidad. En casa, trataba de hacerlo todo como ella, pero nada me salía igual. La comida no sabía tan buena. Las sábanas quedaban con arrugas. La casa semejaba no ser la de siempre.

Cuando nos dijeron que lo mejor era ingresarla en una residencia, asentí con resignación. Pero por dentro sentí que había fracasado como marido.

Ahora, me siento junto a ella cada mañana en la residencia. Le hablo del primer viaje que hicimos juntos, de cuando bailábamos en las fiestas de su pueblo. A veces le tomo la mano y cierro los ojos, imaginando que en algún rincón de su mente todavía sigo allí. El miedo más grande que tengo no es perderla, sino que ella ya me haya perdido.

Milagros

Comunicar un diagnóstico de Alzheimer nunca me ha resultado fácil, aunque lo haya tenido que hacer muchas veces.

Cuando tuve delante a Paloma, Manuel y Rosario, supe que mi voz debía sonarles firme y cálida. He aprendido a modular la empatía, a veces de forma sincera y otras como un mecanismo de defensa. Si sintiera cada historia con la intensidad que merece, no podría seguir ejerciendo mi profesión.

Les explique en qué consistía la enfermedad, su previsible evolución y la imposibilidad de una curación. Vi como Rosario lo comprendía todo antes que su padre. Y vi el desconcierto en los ojos de Paloma, que todavía estaba en una fase en la que intuía más de lo que entendía.

Hay días en que me pregunto si merece la pena seguir adelante, diagnosticando lo irreversible o comunicando lo que va a destruir a familias lentamente. Me deja agotada emocionalmente. Pero luego recuerdo que poner nombre al dolor también es una forma de acompañar. La medicina no siempre salva a las personas. A veces solo ilumina el camino que queda por andar.

Paloma

Les escucho susurrar que no entiendo nada de lo que me dicen. Que ya no estoy en este mundo. Pero sí que estoy. Estoy en una habitación blanca donde las voces me llegan como ecos lejanos. Escucho a Manuel hablarme de nuestros recuerdos. Siento su mano temblando sobre la mía. Escucho a Rosario decirme «mamá» con una ternura que me pone un nudo en el estómago.

Quiero responderles. Decirles que sé quiénes son. Pero las palabras no salen de mi boca.. A veces tengo miedo de quedarme atrapada en ese silencio. Miedo de que crean que no siento. Porque sí que siento. Siento la frustración de no poder decirles que tengo frío, que la tristeza me ahoga, o que recuerdo aquel baile bajo luces amarillas.

Cuando me miran con lástima, quisiera gritarles que sigo aquí. Que, aunque mi memoria se apague poco a poco, sigo resistiendo. Y rezo continuamente para que sepan captar mis señales.

Epílogo

Miguel me sigue diciendo cada mañana:

—Buenos días Paloma. Hoy hace un sol espléndido.

Rosario sigue pronunciando cada vez que está junto a mí:

—Mamá, soy yo.

Manuel continúa relatándome historias antiguas, como si sus palabras pudieran tejer de nuevo mi memoria deshecha.

Y yo sigo escuchándoles. El Alzheimer podrá borrarle nombres, fechas, o rostros. Pero jamás me borrará el amor que siento por ellos. Ese amor que se manifiesta en la insistencia de hablarme cuando no les respondo, en la mano que no se suelta, o en su presencia constante junto a mí.

Quizá mi memoria se haya apagado, pero mientras alguien pronuncie mi nombre, mientras alguien me mire como si todavía fuera yo, siempre me quedará la esperanza de seguir resistiendo. Y eso, incluso estando en la oscuridad, ilumina constantemente mi existencia.